



Juan Ignacio Zavala

Sobre el voto nulo

Cuando salieron a la luz las primeras impresiones sobre el llamado "voto en blanco" o "voto nulo" parecían acciones encabezadas por quienes invitaban a dejar de participar en la vida cívica porque si no gana el que ellos piensan que es el bueno, de nada sirve la participación. Coincido con quienes creen que varios de los promotores de la idea lo hacen porque les daría pena confesar que votaron por el PT. La distancia que en su radicalismo ha puesto a López Obrador lejano a una gran cantidad de sufragantes en 2006, los tiene con la cabeza gacha, el ánimo por los suelos y el pensamiento en una suerte de anarquía posible.

Sin embargo, hay que admitir que esa corriente de expresión va más allá y tiene su

lado genuino por las comprobables decepciones que causamos los que de una u otra manera pertenecemos a la clase política. A los políticos se les califica de seres humanos de cuarta, hombres y mujeres llenos de intereses sin escrúpulo alguno; a los partidos políticos no se les baja de camarillas organizadas para delinquir y para disfrutar de los placeres del poder y de los recursos económicos que salen del erario. La podré dumbre. No voy a negar que sobran los ejemplos con los cuales se arman los calificativos anteriores. Pero hay, sin duda, ejemplos que pueden ser de utilidad para balancear el análisis.

Los políticos, como dice la canción, no son monedita de oro para caerles bien a todos. Tienen defectos y debilidades pavorosas. El poder, el ejercicio del oficio político, precisamente potencia estas debilidades, así como las virtudes. La política es una actividad meramente humana, por eso encontramos en ella tantas miserias. No es aventurado decir que los políticos también representan a la sociedad a la que pertenecen. Pero no creo que la política nacional sea muy distinta de los medios de comunicación con que contamos. Los ires y venires de periodistas y analistas que brincan de medio en medio sin ningún tipo

de remordimiento se corresponden con los políticos que mudan de partido sin empacho

alguno. Las falsas alturas en las que se mueve un buen sector de nuestra comentocracia, se parecen a quienes desde el Congreso se sienten los verdaderos padres de la patria.

Hay que destacar que contra aquellas voces que con un tufillo de nostalgia autoritaria llamaban a sabotear las elecciones de julio, han salido expresiones en defensa de nuestra incipiente vida democrática y de la importancia de la participación ciudadana en la vida pública (notablemente José Woldenberg). Anular el voto puede ser un buen ejercicio de satisfacción personal para cobrarse una revancha contra los partidos políticos. Pero no pasa de eso. Con el porcentaje de votación que se obtenga, habrá diputados y delegados y presidentes municipales y gobernadores. La importancia de participar radica en que es una manera de expresarse. Pero como se ha dicho mucho, la participación no debe limitarse al voto, hay que exigir transparencia, resultados: hay que estar encima de los gobiernos y de los Congresos; ésa es una buena manera de cambiar a la clase política. A mayor participación ciudadana, mayor control de los políticos. Como dice aquella sobada pero sabia frase: la política es una actividad tan importante que no se puede dejar sólo en manos de los políticos. ■M

juanignacio.zavala@milenio.com

**Los políticos
tienen
defectos y
debilidades
pavorosas.
El poder,
el ejercicio
del oficio
político,
precisamente
potencia
estas
debilidades
así como
las virtudes.
La política es
una actividad
meramente
humana,
por eso
encontramos
en ella tantas
miserias**

